

La Ilustración

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



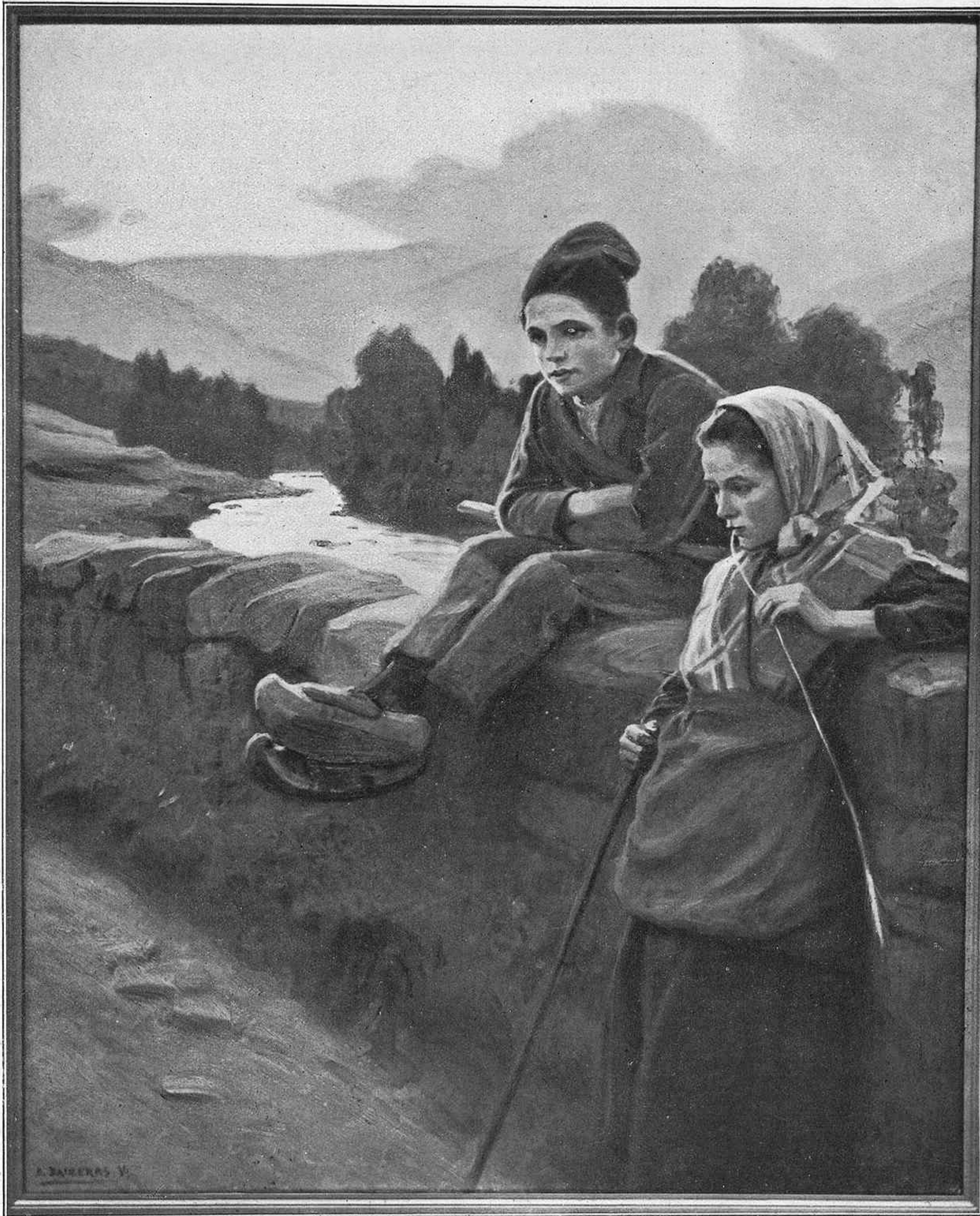
Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 27 DE DICIEMBRE DE 1915

Núm. 1.774

BARCELONA. - SALÓN PARÉS



IDILIO, cuadro de Dionisio Baixeras

(De fotografía de F. Serra.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscritores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de la serie del presente año, que es

HISTORIA Y COSTUMBRES DE LOS GITANOS

obra escrita por F. M. Pabanó.

Este libro, producto de largas observaciones y de estudios profundos, contiene, además de la historia y costumbres de la gitanería, una notable colección de cuentos, dichos, timos gráficos, maldiciones y refranes netamente gitanos y un diccionario español-gitano germanesco, y va ilustrado profusamente con reproducciones de interesantes fotografías recogidas en varias regiones.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea, por la condesa de Pardo Bazán.* — *La novela de una mujer vulgar, por Edgardo Garrido Merino.* — *La guerra europea.* — Madrid. *Reparto de lotes de prendas del Ropero de Santa Victoria.* — *El escultor inglés Caldwell Spruce.* — *Hojas caldas,* cuento de Adolfo Ribaux. — Buenos Aires. *Estación Retiro del ferrocarril central Argentino.* — Madrid. *Actualidades teatrales.*
Grabados. — *Idilio; Playa de Sitjes,* cuadros de Dionisio Baixeras. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra *La novela de una mujer vulgar.* — *El sueño de la inocencia,* miniatura de Bess Norris Tait. — *Tentación,* cuadro de J. Ribera Blázquez. — *Estudio,* cuadro de I. Pinazo. — *La guerra europea* (cuatro fotografías.) — *Paisaje; Santa Agueda, mártir, en Catania; Martirio de Santa Agueda; Entierro de Santa Agueda,* cuadros de Juan Llimona. — Madrid. *Reparto de lotes de prendas del Ropero de Santa Victoria.* — *Busto retrato; Alegria,* obras de E. Caldwell Spruce. — Dibujo de J. Basté, ilustración al cuento *Hojas caldas.* — Buenos Aires. *Estación Retiro del ferrocarril central argentino.* — Madrid. *Actualidades teatrales.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un curso de tres conferencias del Ateneo está llamando la atención estos días, y las conferencias demuestran (entre otras cosas) que, después de publicado un libro, puede leerse más o menos extractado ante un auditorio muy selecto y exigente, sin que el hecho de la anterior publicación perjudique en lo más mínimo a la lectura ni disminuya el gusto y el aplauso con que el público la acoge. Todo pende del modo de hacerlo, del arte del conferenciante y lector.

El conferenciante ha sido Aureliano Beruete y Moret, hijo de aquel admirable paisajista que se llamó también Aureliano Beruete, y que unía, a sus aptitudes artísticas, un profundo conocimiento teórico de cuanto al arte se refería: historia, crítica, escuelas, maestros, El hijo, en la estrecha unión de una familia ejemplar, se nutrió en las enseñanzas paternas, siguió la corriente de los numerosos libros y estudios publicados por el ilustre pintor, y adquirió iguales aficiones y heredó la misma competencia, sancionada en el padre por largos años de ejercitarla, y ahora revelada en el hijo con brillantez en el libro capital que se titula *Los retratos de Goya*, y en las tres conferencias sobre el mismo sugestivo asunto.

No son sus primeras armas, toda vez que anteriormente ha consagrado estudios, unos publicados en diversos idiomas y otros todavía inéditos, a «la pintura española en el siglo XIX», «los pintores de Felipe II y Carlos II», «los primitivos españoles», y a cuadros de Goya y Velázquez, desconocidos o recientemente descubiertos. Pero no cabe duda que el esfuerzo actual ha sido un paso de gigante, y ha puesto de relieve la personalidad de un crítico que marcará huella en el conocimiento histórico y estético de nuestros mejores artistas.

Hoy nos pone en contacto con el más original tal vez (aun teniendo en cuenta al Greco, que si no nació en España, nos debió lo mejor de su inspiración singular), y de cierto, con el más espontáneo, siendo la espontaneidad, y aun la rebeldía, condición eminentemente española.

Juzgo que, en gran parte, la espontaneidad de Goya se debió a su incultura. Los artistas educados han de luchar mucho para soltar los andadores de la educación. Goya era — nadie se asuste — un bárbaro. Quién sabe si a Cervantes le hubiese convenido serlo también. La cultura nunca llega adonde el instinto, y, cuando el instinto es tan magnífico como fué en Goya y Cervantes, hace maravillas.

Hay quien defiende, ya lo sé, la tesis contraria, sosteniendo que si Cervantes no fuese «ingenio lego» y Goya se hubiese perfeccionado en el dibujo, valdrían doble. No entiendo cómo pudiera duplicarse el valor de ambos. Tal cual son, inclinémonos hasta el suelo.

Aureliano Beruete nos lo enseña en su libro: Goya, con toda su plenitud de originalidad, sufrió diversas influencias, y algunas extranjeras, aunque predominaron las tradicionales de España. Por eso en su obra está comprendida toda su época, y por eso hubo un Goya del siglo XVIII y otro del siglo XIX; y acaso por eso, al agrandarse su época con el trágico

engrandecimiento que le prestó la epopeya napoleónica, el arte de Goya, a medida de los acontecimientos, se hizo colosal. Nota Beruete que el hecho de no aparecer Goya en un momento de esplendor de la pintura, sino como un genio aislado, hace difícil situar su figura en la historia del arte. Hay que concederle el carácter independiente que Araujo le reconoce; en efecto, ni defendió teorías ni fundó escuela. Esto no impide que la tradición española y el tiempo en que vivió, actuasen sobre Goya poderosamente.

Beruete tiene razón al ver en Goya un español hasta la médula, y hombre de su tiempo, tanto como de su raza. Por eso sufrió, ante todo, la sugestión de Velázquez, y más adelante, la del Greco. Su conjunción española salta a la vista, por el mismo contraste con los pintores que en España lograban fama en su tiempo, y que eran clasicistas, empezando por el famosísimo Mengs. Es de notar su falta de precocidad, la tardía granazón de su mies, pues las obras mejores son las de su vejez, y hasta los treinta no produce cosa digna de notarse, ni llama por ningún concepto la atención del público. Le saca de la obscuridad un encargo de Mengs, de cartones para tapices, y, cualesquiera que hayan sido sus posteriores triunfos, todo Goya está ya en estos cartones, en su sentido popularista y realista, en la gracia y la fuerza de las escenas que reproduce. Señala Beruete como fecha importante en el desarrollo artístico de Goya el momento en que pudo ver las colecciones de pinturas reunidas entonces por primera vez en el palacio de Madrid. Y entre tantas obras primas, Goya se fija únicamente en los Velázquez, y los copia, muy libremente, en una serie de grabados. Es el españolismo de Velázquez, casi desdeñado en aquel entonces, lo que le fascina.

En 1783 empieza a pintar retratos, aspecto desde el cual le considera su biógrafo y crítico. Desde entonces la producción de retratos no se interrumpe, y en ella sigue Beruete las diversas etapas y maneras del artista. Empieza a retratar a los Reyes, a Carlos III de cazador, con reminiscencias velazqueñas; a los Príncipes de Asturias, que fueron después Carlos IV y María Luisa, y a quienes había de volver a retratar varias veces con magistral pincel; al conde de Floridablanca, que era por dentro un enciclopedista francés, y lo parece por fuera; al conde de Cabarrús; a la familia del Infante D. Luis, que renunció el capelo para casarse con la mujer a quien amaba, una particular, la Vallabriga.

Sería muy prolijo referir en una crónica todos los retratos que Goya produjo. No creo que ni aun la diligencia y cariño con que ha tratado este asunto Beruete, consigan catalogarlos todos o casi todos. Bastantes irán apareciendo, y algunos serán excluidos del catálogo, es probable. La fecundidad de Goya complica la tarea del que quiera recontarle.

Los que llama Beruete «retratos griseos» confieso que se cuentan en el número de los que más me agradan y satisfacen a mi sensibilidad artística. En ellos descuella una cualidad que no parece propia de Goya — la exquisita elegancia —. Nada más distinguido que la imagen de la marquesa de Pontejos, con su encantador atavío de la época de María Antonieta, y su perrillo chato, y su clavel en la mano, sostenido con el amaneramiento gentil de una pintura modernista. Yo lo había admirado en el palacio de Martorell, encontrando que en este retrato, Goya, sin perder su peculiar carácter, rivalizaba con los retratistas extranjeros de la época. Tiene razón Beruete al reconocer que da la sensación de una marquesita francesa que se dirige a una fiesta de Versalles. En él inicia Goya la sugestión psicológica que en tantas obras suyas va a imponerse. Al través de la carne, el alma frívola o sentimental, perturbada o melancólica, se transparece como por un velo. Lo mismo puede decirse de la cabeza de la duquesa de Osuna, que es la de una mujer neurótica, espiritada, desdeñosamente aristocrática, hastiada, con retoques de romanticismo.

De estas mujeres que, usando un neologismo nada castizo, pero admisible, llamaré inquietantes, son doña Tadea Arias de Enriquez, y también la marquesa de la Solana. En las retratadas de Goya aparece uno de los sortilegios de España, el pie, el pie admirablemente cautivo en raso, con el primoroso tacón curvo, y la graciosa inserción del tobillo redondo. Los retratos de mujer, de cuerpo entero, pintados por Goya, deben a la magia del pie un carácter especial, que no tienen los de busto.

Hay sin embargo un retrato de mujer, muy inquietante y extraño, al cual no se le ven los pies, tapados por la amplia falda. Es el de D.^a Cayetana de Silva, duquesa de Alba, a quien llama Beruete «una modernista de su tiempo». De las relaciones de esta dama con Goya se han contado mil diabluras, pero,

a la verdad, el gran artista de galán tenía poco, para explicar una debilidad de la rica hembra. Hace años que me inscribí, en una conferencia dada en el Ateneo sobre *Goya y la espontaneidad española*, en contra de la hipótesis amorosa de este episodio de la vida del pintor de las Majas. Pudo él gustar del modelo, pero el modelo se limitaría a llevarle atado a su carro. Lo que nota Beruete con acierto, es que la esbelta figura de la duquesa fué reproducida mil veces, en sus atrayentes líneas, en los *Caprichos* y en una infinidad de siluetas femeninas, constituyendo como una obsesión del pincel y lápiz goyesco.

Cree Beruete que el apogeo de Goya como maestro del pincel, se sitúa en los años últimos del siglo XVIII y los primeros del XIX, en que pinta sus retratos de Corte. A él pertenece el soberbio grupo de la Familia Real, y los retratos de María Luisa a caballo, con uniforme de la Guardia, el de mantilla y traje de encaje negro, el de Godoy, los de la condesa de Chinchón, uno de los cuales es un prodigio, el lindísimo de Mariano Goya, y el sorprendente del conde de Fernán Núñez. En esta obra reconoce Beruete la influencia de los retratistas ingleses contemporáneos, sin mengua del carácter castizo del pintor. Y a este momento culminante pertenece también el lindísimo retrato de la marquesa de Santa Cruz, que he contemplado en casa del conde de Pie de Concha. Obra poco conocida le llama Beruete, y con razón, pues, por el atrevimiento de la postura y del traje, estuvo oculto este mágico lienzo muchos años, y gracias si no fué destruido, como lo ha sido más de una obra maestra. Hoy se respetan los fueros del arte, y no se esconde el retrato de la marquesa, sino que figura en honroso sitio, en el palacio de su dueño.

La invasión francesa puso fin a este período, glorioso y próspero, de la vida del pintor. Ante el nuevo rey José, Goya no adopta una actitud patriótica: mientras los imitadores de David, los afrancesados en pintura, eran ardientes españoles y hasta se morirían de hambre por serlo, Goya, el de la médula nacional, permanece indiferente, y, llegado el caso, se arrima al sol que más calienta. No fué pintor de Cámara del Intruso, pero no hubiese repugnado serlo. Beruete nos ha contado la salada historia de un lienzo pintado por Goya para el Ayuntamiento de Madrid, y donde, en un medallón, figuraba la efigie de Botellas, que fué borrada, sustituida con diferentes letreros, vuelta a pintar por Goya mismo, vuelta a borrar, no cesando el vaivén hasta que en el medallón se inscribió una fecha que no suscitaba contradicciones, la del 2 de mayo. Ello es que, restaurado Fernando VII, Goya acaba por expatriarse y vivir y morir en Burdeos, entre ilustres afrancesados.

Mas si hubo algún cambio en su modo de ver, su pincel apareció indiferente, atento sólo a reproducir, con bravura que los años no amortiguaron sino muy a última hora, lo que impresionaba sus sentidos de artista. He ahí, para muestra, el retrato de Juan Martín, *el Empecinado*, en el cual está sostenida toda la resistencia heroica de España, todo el furor de la Independencia, toda la entraña de nuestra nacionalidad. Nadie puede ver al afrancesado en quien tan intensa expresión supo dar al guerrillero.

En este último período de la producción de Goya, encuentra en él Beruete una visible influencia del Greco, y hasta cierto misticismo, revelado en la famosa *Comunión de San José de Calasanz*. Y no dejan de verse también algunas señales de que las fuerzas iban abandonando al octogenario artista. Sonaba para él la hora del reposo, que al fin obtuvo el año de 1828 y el día 16 de abril.

Yo quisiera resumir en pocas palabras un juicio de Goya, y no puedo hacerlo mejor que recogiendo una opinión unánime del público que asistía a las Conferencias. Cuando fué proyectado, después de los últimos retratos obra de Goya, el del mismo Goya, que figura en el Museo del Prado, un rumor de admiración se alzó de la concurrencia. A ninguna proyección habían saludado así. Fué algo hondo, salido del pecho. El aplauso mudo, bastantes creían tributarlo a Goya, hasta que el conferenciante declaró que la obra maestra era fruto del pincel del retratista más equilibrado y fiel observador del natural que ha poseído España: D. Vicente López. Y entonces pensé ¿qué hubiese sido Goya, con equilibrio?..

¡Sólo Dios lo sabe!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



LA NOVELA DE UNA MUJER VULGAR, POR EDGARDO GARRIDO MERINO, dibujo de Mas y Fondevila



Mañana y tarde podfase ver a la hija de D. Lorenzo teje que te teje...

Siempre que veo a una solterona, a un poeta fracasado o a uno de esos histriones que malgustaron en teatros de provincia, siento que mi alma – a imitación de San Francisco de Asís – se invade de una melancolía indulgente. Mis ojos, desligados del eterno aquilatamiento de las cosas, esparcen una mirada compasiva por el paisaje de las vidas ingenuas.

Mi criterio mansurrón inicia el vadeo de las escabrosidades ridículas y mi pluma aspira a glosar las tragedias de las almas sencillas...

¿Qué manes burlones, como aquel duende Puck que todo lo trastocaba, trazáronles fingidas sendas a estos seres ilusos? ¿Qué mago trapacero les mintió vocaciones y les indujo a tomar la esperanza por lazarillo de su ceguera?..

La una nació para arrugarse en espera del príncipe soñado, para tejer chismes, adornar altares y regañar sobrinos; el otro para vegetar en una rebotica de pueblo, para soldado de Esculapio y no para general de las huestes de Homero. Y aquel que en la farándula parodiara a Molière, apenas si nació para público...

Vidas erradas, aspiraciones torcidas; carnaza triste del eterno fracaso. Del fracaso que pone palidez taciturna de eunuco en las mejillas y ramalazos de envidia en la mirada.

Innegable es la belleza de estas historias de des-

encanto en las que el ridículo bordó sus flores disparatadas.

Hay una amargura indecible en esos heroísmos anónimos. El fracaso de los fuertes, tiene el consuelo de una aureola apoteósica... El de los débiles es callado, silencioso, grotesco...

Como la muerte de un pobre caracol bajo la planta de un viandante distraído... Quizás menos.

Por ellos, paladinamente, fabrico este cuento de trama sencilla y humilde ambiente. Protesta ingenua por esas cobardías de la vida, de esa vida caprichosa y enigmática que suele tener mordiscos de lobo para unos corazoncillos de mazapán...

* *

Fué en la docta y arcaica Salamanca. En la pintoresca calle del Poeta Iglesias existía hace años, y aun creo que existe, una librería de viejo.

«La Sabiduría», así rezaba la muestra, era propiedad de D. Lorenzo Valverde, bedel universitario a la sazón.

Mañana y tarde podfase ver a la hija de D. Lorenzo teje que te teje tras una pirámide de libros leídos... Ella era el dragón custodio de ese jardín bibliófilo en el que se daban las flores más variadas...

En ese incongruente hacinamiento libresco, entre

la morralla de los libros nigrománticos y almanques verdes, solía florecer Kempis o Pascal... Y tras esas excepciones honrosas acudían los catedráticos y estudiantes, que para lo otro no escaseaban compradores...

Julieta – tal era el nombre de la solterona – lucía entre los libros, que el aire tornó amarillos, su mellado perfil aquilino. Era picada de viruelas, muy delgada y con ojos de un verde mar, ojos que eran un oasis de belleza en la tristeza de su cara magullada... Los dientes eran blancos y menudos y cuando sonreían resucitaban una juventud ya difunta; vivaces destellos que sugerían, a más de algún estudiante, que Julieta en sus buenos tiempos debió ser hermosa.

Tenía su voz atiplada un acento agrio y había en sus palabras un escepticismo, un desencanto, que era como la fluidez amarga de su mundo interior... El alma triste y doctoral de Salamanca se había reencarnado en su alma triste... La mirada de sus grandes ojos verdes, ojos que redimían al rostro de las huellas de un torpe destino, iban más allá de las ventanas de sucios cristales; más allá del arroyo tortuoso; más lejos que los aledaños donde las aguas del Tormes zigzaguean... Más allá de las campiñas manchegas...

A pesar de su carácter arisco, de su actitud d

centinela hierático de libros dormidos, Julieta era respetada por la parroquia, en la que no faltaba algún engreído estudiante, con arrogancia y empaque dignos de un nuevo Félix de Montemar.

El negocio de D. Lorenzo prosperaba. A su *ementerio literario* venían a enterrarse muchos libros para dar pecunio a las calaveradas estudiantiles... Y después *resucitaban*, se iban yendo uno tras otro como una bandada de pájaros locos...

Había un libro de Raimundo Lulio que le era familiar... Pasó por sus manos centenares de veces...

Más que la simpatía proverbial del bedel, más que la acritud risible de la solterona, más que el ambiente castizo de la librería, servían de imán, de cebo, las atracciones de Aurorita, hija menor de D. Lorenzo que aun no cumplía los quince años...

Vivaracha, locuaz, saltarina, ella era la musa de esa rancia papelería, la que en el entresuelo gorjeaba como un pájaro y hacía que un viejo piano cantase a raudales.

Pero de nada valían los requiebros de los catedráticos ni las miradas golosas de los estudiantes. La pirotecnica de los galanteos apagábase a los pies de Julieta. Había en su afán de vigilancia más despecho de solterona que cariño fraterno.

Así lo comprendió un estudiante.

— Julieta, parece mentira que no deje usted ni a sol ni a sombra a esa pobre Aurorita... La chica es guapa y su carácter no es para monja... Déjela retozar, tener novio... En una palabra, déjela vivir...

Julieta sonrió indolente al oír este arranque liberador.

— ¡Vaya con Martínez! Vosotros los hombres os creéis indispensables. Más le valiera a Aurora ser monja que tener un mal marido...

Sus ojos verdes se detuvieron en una mirada añorante y, como monologuando, balbuceó en voz más queda:

— ¡Si yo no hubiese tenido novio! ¡Cómo me hubiera gustado ser monja!.. Vivir esa vida apacible de los claustros...

Sorprendida en esta semiconfianza, Julieta bajó la vista y, algo confundida, disimuló su turbación en el tejido.

Al día siguiente, la confesión de la solterona fué la comidilla de los estudiantes.

Una sonrisa incrédula, cual si se hablase de cosa fabulesca, dibujábase en labios de los universitarios. ¡Julieta ha tenido novio!..

Y en verdad, hacía diez años, Julieta había tenido novio. Su novela era vulgarísima, sin el menor relámpago de poesía.

Un día domingo, cuando su buena tía Dolores (q. e. p. d.) tenía casa de huéspedes no lejos de la Plaza Mayor, Julieta fué a hacerle compañía.

Por lo general ella secundaba a la tía en las faenas reposteriles — a trueque de algunos favores que doña Dolores hacía a D. Lorenzo — y esto, principalmente, en las festividades, cuando la fonda se hacía estrecha para albergar a los muchos estudiantes, militares y clérigos que a ella acudían.

Aquel día era Pascua de Resurrección y, por tanto, celebrábase la feria mayor del año. Por las calles salmantinas deambulaban gentes de todas las trazas: palurdos venidos de los cuatro vientos de Castilla; arrieros de borricos con serones ahitos de frutos abribeños o lozas de Talavera; rebaños de cabras y corderos; un ejército de caballerías y un tropel quejumbroso de carros; mujeres pequeñas y regordetas, con muchos refajos y colorines, y una nubada de rapaces y mendigos.

Después de recoger los manteles y arreglar las flores en sus estrechos búcaros, Julieta asomóse al balcón para ver la mucha gente que transitaba por las calles bajo una nube de polvo que doraba el sol...

Fué entonces cuando le conoció. Aquel señor gordo, de manos ensortijadas y bigote castaño, que había oído hablar con voz bronca hacía pocos instantes, se aproximó a ella en actitud amistosa.

Era D. Jaime Martí, viajante de comercio. Un catalán de trato amable, de modales corteses, que venía quincenalmente a Salamanca a vender productos textiles de una fábrica de Sabadell.

Aquel hombre, parlanchín por excelencia, le fué simpático. Comenzó a hablar de otras ferias que él había visto, y la visión de cosas que ella no conocía y que le parecían risueñas, le hicieron mirar a Martí con ojos de admiración.



El sueño de la inocencia, miniatura de Bess Norris Tait

Aprovechando ese nimbo que da la elocuencia exótica, Martí habló de su primer viaje a Buenos Aires... De sus andanzas por América... Y, luego, de la capital catalana. Habló de la Rambla de las Flores, eternamente primaveral... De la Rambla del Centro, bulliciosa por sus pájaros... Del Parque, con su monumental fuente dorada y sus árboles grises...

Y Julieta, que era hermosa y tenía veinte años, escuchó arrobada esa charla en la que tanto contrastaban las palabras románticas con el acento sonoro.

Jaime fué su novio. Siempre que iba a Salamanca albergaba en casa de la tía Dolores y por las noches acudía a la librería. Y si era verano, sacaban sillas a la puerta y allí enredaban un palique de amor y de ensueño.

Cuando D. Lorenzo se percató de estas relaciones les puso su más rotundo visto bueno. Y fomentado así el cariño, Julieta tardó poco en ser novia oficial del viajante.

Martí iba con frecuencia a Salamanca, portador siempre de sus muestrarios de camisetas y calcetines. Como se ponía muy hueco al hablar de sus muchos viajes, el bedel, que era irónico y que más de alguna vez leyó a Voltaire, bautizó a D. Jaime con el más pintoresco mote: El Simbad de los calcetines...

Martí no se enfadaba por ello y celebraba las ácidas ocurrencias de D. Lorenzo.

Cada vez sentía más amor por esa muñequita delgada, de cabellos oscuros y grandes ojos verdes, mejillas sonrosadas y labios carnosos.

Todo esto fué antes de la *catástrofe*, antes de que la fiebre endémica le picotease el rostro, como picotea un pájaro una fruta en sazón; antes que su cutis fresco, sus mejillas de porcelana, se resquebrajaran cual un viejo esmalte...

Aquello ocurrió en una larga ausencia de Martí, mientras éste hacía una jira comercial por las Islas Canarias...

Estaban a las puertas del matrimonio, cuando ya se hacen números, se piensa en los muebles y hasta se cuenta, imaginativamente, con un sitio para una cuna... Fué entonces...

Aurorita enfermó. Una fiebre altísima hizo presa en su cuerpecito infantil; unas manchas rosadas le sal-

picaron la piel. En aquel hogar, donde hacía años faltaba una madre, Julieta puso el calor de su virtud y el don de sus instintos maternos. Ella fué la enfermera, la que pasó noches en vela, la que salvó a Aurorita de las garras malignas...

Mas cuando la pequeña estaba salvada, cuando ya el bedel se frotaba las manos con regocijo, viendo a la muerte como a una pesadilla lejana, Julieta cayó enferma. Una hoguera parecía quemar su cuerpo de adolescente. La mirada de sus ojos verdes se extravió en un delirio continuo y su hermoso perfil enflaqueció en un exagerado aguzamiento de líneas.

Y las viruelas, como un estigma maldito, picotearon su carne, dejando en su belleza las tristes máculas de las huellas.

Cuando Julieta se levantó y pudo verse a un espejo, una mueca de dolor, de desesperación impotente, se pintó en sus labios descarnados. Y no pudo reprimir los sollozos que acudían al pecho como para llorar una juventud perdida...

Aun convaleciente, envuelta en un chal, tendidas sobre la falda sus manos traslúcidas, Julieta asistía una tarde, a través de los cristales de su balcón, a la muerte del sol. Era un atardecer azul; algunas campanas distantes tocaban a visperas...

La puerta se entreabrió quejumbrosamente. ¡Era Jaime!..

Al ver a su novio, Julieta experimentó instintivos deseos de huir, de ocultarse. ¡Dios mío! Le vería la cara... Ya no la querría...

Jaime se acercó con timidez. Su voz adquirió esta vez modulaciones más suaves. Habló de su

viaje, de lo triste que había estado, de lo que había sufrido con su enfermedad...

— ¿No es verdad, Jaime, que estoy feísima? Ya no soy la de antes..., balbuceó la muchacha con desconsuelo.

— Vamos, nena, no digas eso..., replicó él.

Quiso esquivar la idea, pero no pudo... Las palabras se le atragantaban... Ante la vista de su rostro enflaquecido, magullado, gastado como la efigie de una moneda antigua, se desmayaba toda su elocuencia. Trató de cogerle una mano, a fin de consolarla; mas al sentirla áspera, no pudo impedir una convulsión nerviosa.

Ya de noche, después de haber creído consolarla, Jaime pretextó que un negocio le reclamaba.

Julieta lo acompañó hasta la puerta... Sus ojos verde mar brillaban de lágrimas.

— ¿Volverás mañana?

— Sí, respondió Jaime, hasta mañana.

Y puso un beso en la frente mellada, un beso frío en el que palpitaba la ironía de esas condecoraciones guerreras con las que se paga una herida de invalidez. Julieta rompió a llorar.

— Adiós, Jaime..

Y se apoyó, abandonadamente, en el marco de la puerta.

Y el viajante, turbado, opaca la voz, balbuceó al marcharse:

— Adeu, Julieta...

Tres meses después, Julieta recibió una carta fechada en Buenos Aires.

Los negocios le habían impedido despedirse... Ahora trabajaba como un negro para hacer fortuna. Iría a Salamanca a buscarla. Volverían juntos a América y colgarían su nido en un pueblo de campaña. Le hablaba de sus tráficos por la pampa, vendiendo productos de Sabadell... Le hacía muchas promesas, hijas de la piadosa mentira.

El amor es viajero, señor de artificios, donoso maestro en desilusiones... Así lo comprendió Julieta, luciendo su perfil aquilino entre esa librería rancia que le mató muchas horas de espera y le enseñó muchas cosas. D. Jaime Martí, el *Simbad de los calcetines*, no volvió jamás...



Tentación cuadro de José Ribera Blázquez



Estudio, cuadro de Ignacio Pinazo

BARCELONA. SALÓN PARÉS



Playa de Sitges, cuadro de Dionisio Baixeras. (De fotografías de F. Serra.)

En el *Idilio* que en la página 855 reproducimos y en la marina de la presente aparecen de realce las dos cualidades características de Baixeras: la admirable ejecución de las figuras y la selección y propiedad del fondo



El Vístula helado en las inmediaciones de Sandomere

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Los ingleses han rechazado un ataque al Sudeste de Iprés, han tomado una trinchera al Sur de Messines y han penetrado en las trincheras alemanas cerca de Armentières. Los alemanes explican esto último diciendo que una sección inglesa se adelantó hasta una pequeña trinchera pero hubo de retirarse en seguida. En el resto del frente, duelos de artillería, combates con granadas de mano, explosiones de minas, bombardeos aéreos, etc.

El general French ha pedido que se le reemplazase en el mando de las tropas británicas en Francia y ha sido nombrado mariscal comandante de las fuerzas de la metrópoli; además el Rey le ha concedido el título de vizconde. En sustitución del general French ha sido nombrado comandante en jefe de aquellas tropas el general Douglas Haig.

Según noticias de Amsterdam, los alemanes redoblan su actividad en todo el territorio belga conquistado, habiendo construído importantes obras de fortificación y de defensa en la región del litoral, emplazando en ellas numerosas piezas de artillería y observándose gran movimiento de tropas y de material de guerra. De todos estos preparativos deducen algunos diarios ingleses y franceses que los alemanes preparan para una fecha próxima un enérgico ataque sobre el frente occidental.

Teatro de la guerra de Oriente. — Los rusos han dispersado algunas fuerzas alemanas que se ocupaban en fortificar sus posiciones en la región de Riga, y han sostenido en el frente del Norte del lago Drisviaty varios combates con éxito favorable para ellos. Los alemanes han rechazado ataques en el sector del arroyo de Kormín y entre Narosz y el lago Miadriol, y han obligado a retirarse a algunas divisiones rusas que al Norte del lago Drisviaty habían avanzado hasta las posiciones alemanas.

Italianos y austriacos. — Los italianos han rechazado ataques en Oslavia, en el Carso y en otros puntos y han ocupado la cima del Monte Norre que domina el curso del río Astico. Los austriacos han rechazado ataques contra las altas cunetas situadas al Este del valle Giudicaria, en el valle de Sugana (Tirol) y contra una cima al Nordeste de Oslavia.

En los Balcanes. — Los austriacos, continuando los combates de persecución contra los montenegrinos, han asaltado varias posiciones cerca de Gara, al Sur de Pledje, y al Sur de Vramgora, han llegado hasta Tarasch y se han apoderado de Rozaj y Bjelopolje. Los búlgaros, después de haber obligado a las tropas anglofrancesas a refugiarse en Grecia, se han detenido ante las fronteras de esta nación. Los montenegrinos han rechazado violentos ataques en el frente del Sandyak, pero han tenido que retirarse a nuevas líneas de defensa; los que luchan en el



En el teatro de la guerra de Oriente. — Soldados rusos durmiendo sobre la nieve
(De fotografías de *Daily Mirror*, remitidas por Carlos Trampus.)

frente de la Herzegovina han rechazado violentamente a los austriacos más allá del río Sutresca.

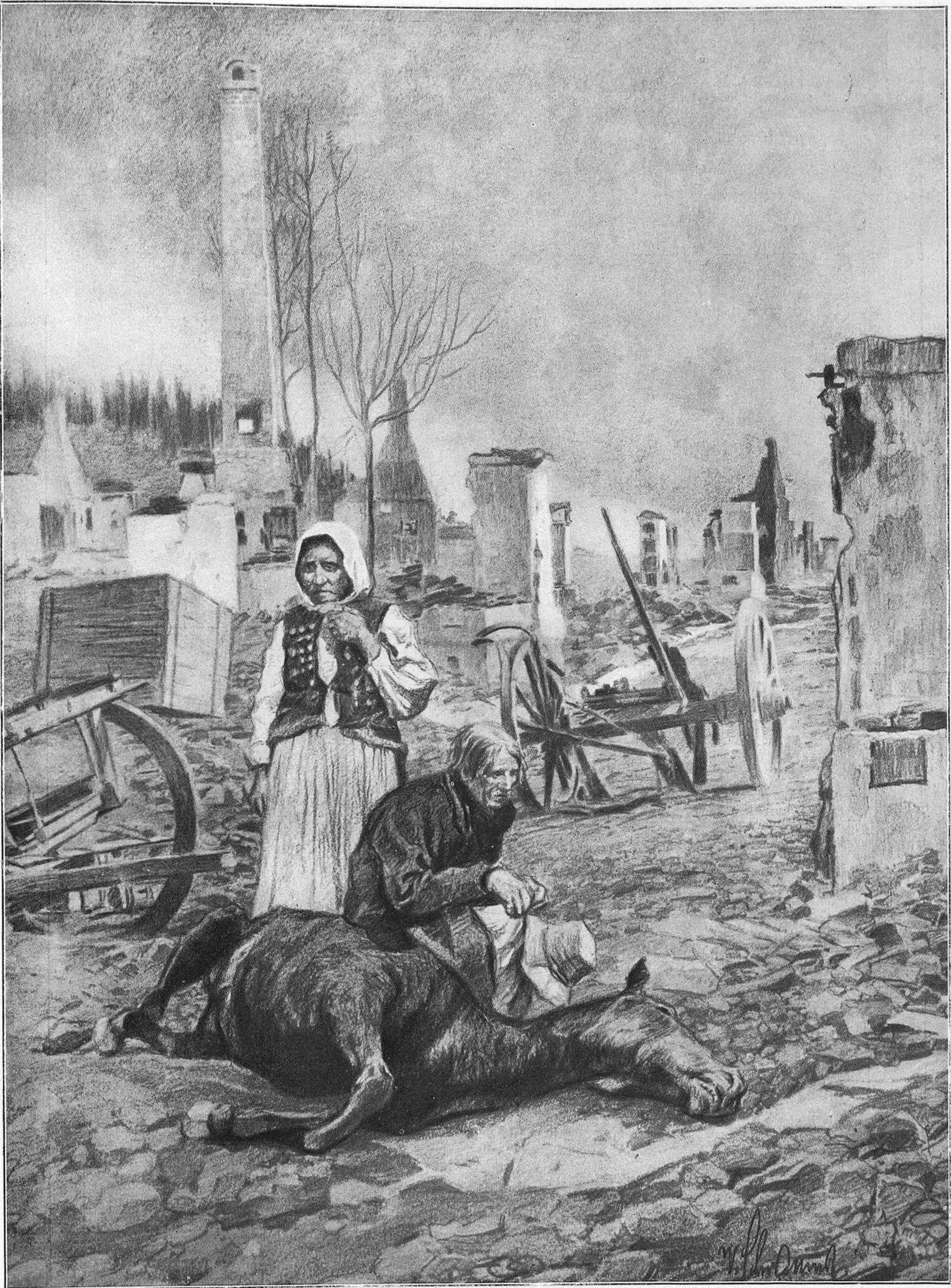
Las tropas anglofrancesas han evacuado Servia y han cruzado la zona griega, en donde han ocupado nuevas posiciones, sirviendo de base de defensa Salónica. Por orden del gobierno de Atenas, la estación de Topsin, situada a 12 kilómetros de aquella ciudad, ha sido evacuada por las tropas griegas, a las que han reemplazado fuerzas de los aliados. Estos han comenzado con gran actividad los trabajos de fortificación en el sector de Salónica; la situación geográfica de esta población y sus alrededores constituyen una excelente defensa. En efecto, Salónica está protegida al Oeste por el Vardar, al Norte por una línea de colinas, al Este por el lago Langaza y el monte Hortatz, de 1.200 metros de altura, y al Sur por el mar Egeo.

La guerra naval. — Un buque austriaco ha destruído el submarino francés *Fresnel* haciendo prisionera a su tripulación; y un submarino, austriaco también, ha echado a pique delante de Valona un pequeño crucero italiano.



En los Balcanes. — Un convoy servio cruzando un territorio montañoso y enteramente nevado. (De fotografía de Rol.)

LAS TRISTEZAS DE LA GUERRA



En Galicia. - Una aldea evacuada por los rusos ante el avance de los austro-húngaros, dibujo del natural del teniente austriaco R. Víctor Schramm
(Reproducción autorizada.)



Paisaje. - Santa Agueda, mártir, en Catania: presentación de Santa Agueda al gobernador de Catania y confesión de la Fe



Martirio de Santa Agueda. - Entierro de Santa Agueda

Estos dos cuadros y el que reproduce el segundo grabado de la página anterior son propiedad de D. Carlos Sanllehy



Madrid. — Reparto de lotes de prendas del Ropero de Santa Victoria a los pobres en el Real Palacio por S. M. la Reina D.^a Victoria, presidenta del Ropero, con asistencia de S. M. la Reina D.^a María Cristina y de SS. AA. las Infantas D.^a Isabel, D.^a Luisa, D.^a Beatriz e Infantita D.^a Beatriz. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MADRID. — REPARTO DE LOTES DE PRENDAS
DEL ROPERO DE SANTA VICTORIA

En el salón de Columnas del Palacio Real se ha efectuado el acto de reparto de lotes de prendas pro-

D.^a Isabel, D.^a Beatriz y D.^a Luisa y la duquesa de Talavera.

En el salón de Columnas, que ofrecía brillantísimo aspecto, se habían colocado más de trescientas sillas destinadas a las juntas de aristocráticas damas que prestan su concurso a la meritisima labor que realiza S. M. la Reina D.^a Victoria, presidenta del mencionado Ropero.

Cuando las Infantas ocuparon sus puestos, salieron de sus habitaciones SS. MM. las Reinas D.^a Victoria y D.^a María Cristina y la infantita D.^a Beatriz.

Los pobres, uno de cada sexo, tomaron asiento teniendo a sus lados al cura y a la presidenta de su respectiva parroquia.

Previa la venia de S. M. la Reina D.^a Victoria, dió comienzo el acto, dándose lectura por la secretaria del Ropero, Srta. Loygorri, a una cariñosa carta que el mes de junio último dirigió S. S. el Papa a la augusta Soberana colmándola de bendiciones por el bien que ha proporcionado a las clases humildes la fundación de institución tan benéfica.

Terminada la lectura de la carta, comenzó el desfile de pobres ante la Reina D.^a Victoria y su augusta familia, haciéndose a cada uno de ellos entrega del correspondiente lote que consistía en un traje completo. Los pobres al recibir las prendas besaban emocionados la mano de Su Majestad, quien se dignó conversar con todos ellos.

Después de la ceremonia las Reinas regresaron a sus habitaciones siendo objeto de clamorosas manifestaciones de cariño y de afecto por parte de cuantos concurrieron al acto, que revistió gran brillantez.

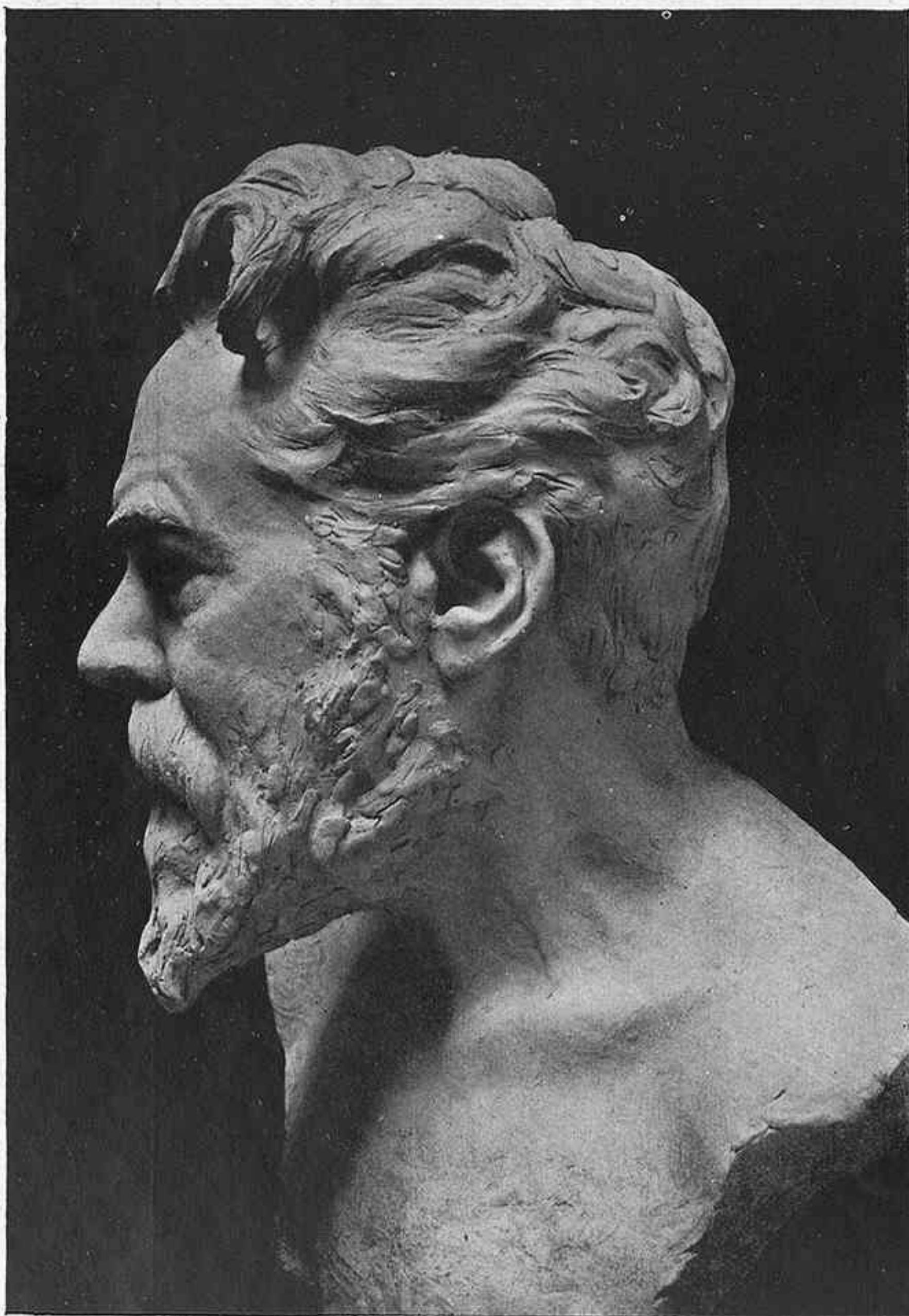
EL ESCULTOR INGLÉS
E. CALDWELL SPRUCE

Este notable artista nació en Kuntford y desde muy joven se dedicó a la escultura. Empleado en una fábrica de tejidos, tenía costumbre de entretenerse, durante las horas de las comidas, en modelar algunos bustos; y habiendo esto disgustado a su principal, Spruce prefirió abandonar su colocación a renunciar a sus aficiones artísticas.

Marchó entonces a Leeds y entró como dibujante y modelador en una manufactura de cerámica artís-

tica, en donde permaneció algunos años y adquirió gran conocimiento práctico en el arte decorativo. Al mismo tiempo desempeñó la cátedra de modelado de la Escuela de Bellas Artes de la ciudad.

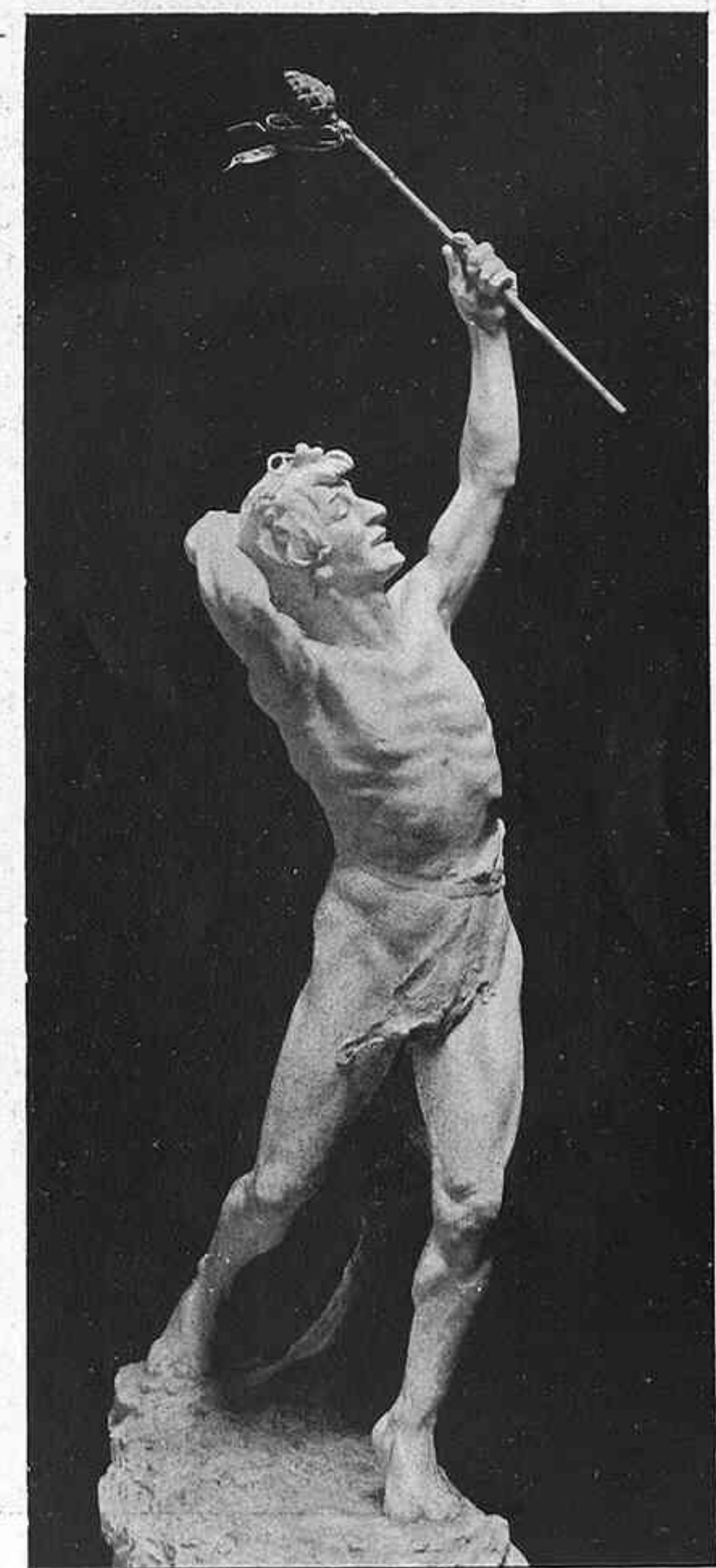
Algún tiempo después trasladóse a París y en 1905 expuso por primera vez en el Salón, presentando un retrato en bronce que mereció muchos elogios. De regreso en Leeds, consagróse exclusivamente a su arte y habiendo tomado parte en un concurso para el decorado de la fachada de la Academia de Bellas



Busto retrato, obra de E. Caldwell Spruce

cedentes del Ropero de Santa Victoria a dos pobres de cada una de las parroquias de Madrid cuyo número asciende a treinta.

Una hora antes de comenzar el acto, llegaron al Alcázar los pobres acompañados de las presidentas de las juntas parroquiales y de los curas de las respectivas iglesias; y poco después el nuncio de Su Santidad, el obispo de Madrid-Alcalá, las Infantas



Alegría, escultura de E. Caldwell Spruce

Artes de Río Janeiro, vió premiados sus proyectos de cuatro vastos plafones, dos de ellos de trece metros de largo. Varias obras de Spruce figuran en importantes museos y galerías particulares.



... la señorita Sibila contempla aquella escena que ante sus ojos se desarrolla

HOJAS CAIDAS

CUENTO DE ADOLFO RIBAU, ILUSTRADO POR J. BASTÉ

I

Después de haber trabajado toda la tarde en su bordado, la señorita Sibila de Brión-Sandoval se levantó, tomó una manteleta de encima de una buta-

ca y abriendo el balcón salió a una terraza en donde seculares castaños crecían encorvados bajo la pesadumbre de su edad proveccta.

Habían transcurrido los quince primeros días de octubre, días cortos, pálidos, y aunque todavía lu-

cian algunas horas espléndidas, numerosos indicios revelaban la inminente proximidad del invierno.

El sol calentaba menos de día en día; en el fondo del aire sentíase emboscada una frialdad aguda, encubridora de resfriados y bronquitis; las viñas, recién

vendimiadas, mostraban sus nudosas cepas; los bosques se cubrían de sus vestiduras de oro viejo, y de todas las cosas exhalábase una sutil, una intensa melancolía.

Al pie de los árboles, el suelo estaba cubierto de una espesa capa de hojas muertas, y a cada soplo de la brisa, y hasta sin que nada se estremeciese en el aire, otras hojas se desprendían, revoloteaban y caían como pobres palomas ensangrentadas.

La señorita Sibila abrigóse con su manteleta, buscó el sol, que le pareció helado, y penetró bajo la sombría y majestuosa bóveda de los castaños cuya altiva tristeza tan bien armonizaba con sus pensamientos íntimos.

Era que aquella mañana el hermoso reloj de Boule de su dormitorio había señalado el amanecer de su quinquagésimo aniversario y para darle aquel aviso ¡cuán traidoramente solemne había sonado el timbre, de ordinario tan cristalino!

II

...Una brusca sensación de frío se apoderó de la señorita Sibila.

¡Cincuenta años!

Aquella mañana parecióle inmensa la mansión señorial de sus mayores en la que vivía sola desde hacía diez años. Nunca como en los días de cumpleaños sentimos la necesidad de afecto en nuestro alrededor.

La castellana ha recibido en papel blasonado las enfáticas felicitaciones de sus más próximos parientes, primos y primas establecidos fuera de aquella comarca, y bajo la hinchazón de las palabras no ha sentido vibrar el menor sentimiento sincero.

Los criados han ido a ofrecerle sus respetos y ellas ha recibido condescendiente; pero aquellas felicitaciones ceremoniosas, aquellas respetuosas manifestaciones faltas de efusión, no han logrado sino hacer resaltar más aún su aislamiento.

Y el espejo de bolsillo, linda joya Luis XV de plata oxidada que nunca abandona, ha acabado de llenar su alma de desconsuelo.

¡También ha dicho cosas graves aquel espejo cruelmente sincero!

En el límpido óvalo, con ansiosa curiosidad, la señorita Sibila ha inspeccionado las arrugas de su rostro, ha contado sus mechones grises y ha visto con tristeza que las arrugas son cada vez más numerosas y que en los mechones grises aumentan de día en día las canas.

Llegada la tarde, muchos hilos sombríos se han mezclado con las sedas multicolores de su bordado.

¡Qué silencio en la casa inmensa, insuficientemente poblada!

Y siempre la misma penosa impresión de frío que ha impulsado a la castellana a salir al parque con la esperanza de que un poco de movimiento dispararía aquella sugestión de tristeza.

Pero en medio de aquellas arboledas devastadas, de aquella avenida que poco a poco se desnuda de su follaje, todavía se siente más triste y más abatida.

Suena un rumor de alas: es una bandada de golondrinas que emigra a tierras meridionales.

La señorita Sibila síguelas con la mirada y suspira pensando en la fugaz primavera de la vida humana y en los muchos años que ha perdido en vanos sueños de orgullo que se han convertido en desengaños y la dejan ahora indefensa contra la soledad y la vejez.

III

La señorita Sibila recuerda su primer baile y vuelve a verse entrando, del brazo de su padre, en un salón tapizado de blanco con listoncillos de oro, y de nuevo escucha el murmullo de alabanzas que surge a su paso y que es un homenaje unánime a su fresca y resplandeciente belleza juvenil.

A partir de aquella noche, su éxito había sido completo, indiscutible; había eclipsado a todas las mujeres y cautivado la atención de todos los hombres.

Esbeltísima, de frente imperiosa y hombros de estatua, aun impresionaba más por la gracia de su andar, de cada uno de sus movimientos, por el brillo de su cutis que forzosamente recordaba la comparación con las rosas y las azucenas, por sus magníficos cabellos leonados que azucenas, por sus hermosas cabezas un fulgurante esplendor.

Ningún homenaje de los hombres escapaba a la señorita de Brion-Sandoval, que gozaba en ellos aspirándolos como un ídolo aspira los aromas quemados delante de su altar. Hasta donde podían remon-

tarse sus recuerdos, antes de las interesadas adulaciones de la institutriz inglesa, antes del modelado de la educación, cuando el razonamiento se hallaba todavía en estado rudimentario en su alma infantil, creíase una criatura escogida ante la que era natural que todo el mundo se inclinase; y a medida que había ido creciendo, esta condición habíase afirmado y las adoraciones que había visto multiplicarse en torno suyo no la habían en modo alguno sorprendido.

Así es que había avanzado al través de la vida como conquistadora, envuelta en un nimbo de gloria, en una nube de incienso, y no se habría mostrado asombrada si, por una embajada extraordinaria y con la pompa acostumbrada en tales casos, un príncipe de la sangre hubiese hecho pedir su mano.

Al llegar a aquel punto de su ensueño, atrajo la atención de la señorita Sibila un rumor de pasos y de voces que sonaba en la terraza inferior.

Inclinóse sobre la esculpida balaustrada y vió venir, por una avenida bordeada de crisantemos, dos ancianos de bracero y detrás de ellos, a cierta distancia, una docena de personas de ambos sexos y de diversas edades.

Los dos ancianos eran antiquísimos y fieles servidores del castillo; habían entrado a la edad de veinte años al servicio del conde, habían vivido en la casa medio siglo y aquel día, por una curiosa coincidencia, era el de sus bodas de oro. Con este motivo los demás criados, los jardineros y los proveedores los habían festejado, despertándolos al son de una alegre alborada y ofreciéndoles ramilletes de flores y frutas, cada cual lo que había podido; pero todos animados de un mismo sentimiento de respeto y de afecto hacia su amable vejez.

La misma señorita Sibila no había permanecido ajena a tan conmovedoras demostraciones; los dos viejos habían recibido de ella un generoso regalo y además habíalos invitado a ellos y a sus descendientes, hijos y nietos, a almorzar en el castillo.

El almuerzo habíase prolongado hasta muy entrada la tarde y ahora toda aquella familia iba a tomar el aire en el jardín, en aquella hora de magnificencia y melancolía.

IV

De codos en la balaustrada, en donde el musgo y minúsculos líquenes dibujan finos arabescos de oro bruñido, la señorita Sibila contempla aquella escena que ante sus ojos se desarrolla.

¡Cuán débiles parecen los dos esposos! ¡Cómo andan con el paso vacilante, encorvado el cuerpo! ¡Cómo pesan sobre sus hombros sus setenta y cinco años!

Mariano casi no tiene cabellos; Mariana conserva todavía algunos que son de color de nieve.

Habían sido un guapo mozo y una linda muchacha; él, robusto, bien plantado; ella, graciosa, esbelta como una espiga.

Al presente su piel está igualmente apergamina-da, con arrugas profundas, y fácilmente se adivina que bastará el más pequeño golpe para que aquellos cuerpos gastados por el trabajo y por la edad, caigan para siempre reducidos a polvo.

Y sin embargo ¡cuánta felicidad respiran en la púrpura triunfal de aquel atardecer de otoño!

Al través de los árboles, como ellos casi centenarios, un rayo de sol desciende hasta sus frentes y las aureola.

¡Qué aspecto tan dichoso tienen y qué deliciosos están caminando a pasos cortitos apoyados el uno en el otro!

Las cuatro gotas de vino espumoso que han saboreado como un néctar, guiñando el ojo y relamiéndose los labios, se les han subido un poco a la cabeza.

Y parece que se murmuran al oído palabras tiernas, como cincuenta años antes, el día de sus alegres bodas.

Él, momentáneamente rejuvenecido, oprime fuertemente el brazo de Mariana y luego le desliza el suyo alrededor de la cintura.

¡Así caminaban, en la plena y sabrosa lozanía de su juventud, a lo largo de los setos bordeados de oxiacantas, al través de los floridos jardines!

Ella se resiste, le rechaza, al principio por broma, acaso por un último resto de inocente coquetería, y después más seriamente, mirando inquieta en torno suyo, porque el viejecito se va poniendo pesado y Mariana se asusta; pero él mueve la cabeza y la tranquiliza diciéndole:

«¡Nadie nos verá!»

Ella sigue resistiéndose y hasta parece que se indigna.

«¿En qué estás pensando», exclama.

El viejo, sin embargo, no se da por convencido, ni mucho menos, y de pronto, en un recodo del sendero, en donde un grupo espeso de árboles los protege contra las miradas indiscretas, aunque no contra las de la señorita Sibila, Mariano atrae sobre su pecho a su esposa y estampa un largo, un ternísimo beso sobre sus ojos marchitos.

V

Aquel beso fué para la señorita Brion-Sandoval una puñalada en mitad del corazón.

Acababa de ver ¡y de qué modo tan inesperado y conmovedor! lo más bello, lo mejor que hay en el mundo: un amor sincero que desafia al tiempo, que se hace más profundo cada año y que resiste a todas las miserias del ocaso porque lleva en sí un fermento de inmortalidad.

Y la noble señorita se abisma nuevamente en sus recuerdos, más pesadamente agobiada, más amargamente triste.

Entre los admiradores que antaño la rodeaban, algunos, a quienes había espantado la unión conyugal con aquella criatura de alta estirpe, sólo buscaban el goce de una contemplación artística; pero otros muchos eran más atrevidos y aspiraban al honor de obtener su mano.

En su sociedad, era el punto de mira de buen número de padres y madres que tenían un hijo a quien colocar; así es que las demandas de matrimonio no le habían faltado. Mas todos los pretendientes lo fueron en vano: en el transcurso de diez años viéronse rechazados quince partidos, todos aceptables, brillantes muchos; pero todos, a pesar de ello, muy por debajo de las pretensiones de Sibila.

Al principio, el conde había dejado a su hija en libertad completa y aun había aprobado algunas de sus negativas; también él la consideraba como un ser aparte que tenía el derecho de mostrarse difícil y podía esperar.

Pero andando el tiempo, a medida que pasaban los años, se había alarmado y había arriesgado algunas observaciones, seca y victoriosamente refutadas por Sibila.

Y habían continuado las tentativas de los pretendientes y continuado habían también los desdenes de la señorita de Brion Sandoval.

¡Oh, aquel beso de los octogenarios, aquel beso casto y suave en los rojizos resplandores del sol de los últimos días otoñales!

¡Oh, el amor verdadero, el amor imperecedero e infinito!

Y la señorita Sibila piensa que esto también lo encontró ella; y su memoria evoca una imagen que la hace estremecerse como la aparición de un espectro.

Había traspasado ya la primera juventud, pues tenía treinta años cumplidos; pero seguía siendo bella, más bella que nunca.

No era el capullo de rosa entreabierto al beso del rocío, sino la flor abierta plena y gloriosamente.

Encontraba a menudo en las calles estrechas de la pequeña ciudad a un joven, de luengos cabellos de artista, de ojos inspirados, vestido modestamente, casi pobremente; y aquellos encuentros menudearon tanto que no era natural atribuirlos a la simple casualidad. Sibila tomó algunos informes y supo el nombre del joven, un hijo del país que había estado ausente muchos años, a causa de sus estudios, y que había regresado hacía poco.

Para vivir daba algunas lecciones y consagraba la mayor parte de su tiempo a componer versos. Sibila leyó algunos en diversas revistas; eran poemas de ensueño y de pasión, al través de los cuales pasaba una figura de mujer joven, adorada con reverencia, cantada con romántico ardor.

Un día había aparecido un pequeño volumen firmado por el mismo nombre y cuyas páginas celebraban el mismo culto.

El librero de Sibila envió a ésta aquel libro y el primer impulso de ella fué para rechazarlo; pero lo conservó por una piedad que tenía algo de menosprecio: ¡era preciso ayudar a aquel pobre muchacho para que no se muriese de hambre! ¡Quizás contaba con el producto de aquella publicación para comer al día siguiente!

Había, pues, cortado las hojas del libro y las había recorrido distraídamente, sin que ninguna emoción se manifestase en sus pupilas del color azul del mar.

A fines del invierno siguiente y a consecuencia del naufragio de cuatro barcas de pesca en el lago, organizóse en la localidad una fiesta de beneficencia a favor de las viudas y huérfanos de las víctimas de aquella catástrofe; el programa de aquella fiesta com-

prendía una tómbola, un concierto y la representación de una comedia original de Pedro Salverte, el joven poeta de luengos cabellos de artista y de mirada llena de ensueño.

Durante los preparativos, la señorita Brión-Sandoval y Pedro Salverte encontraronse con frecuencia, y Sibila hubo de reconocer que aquel joven bien merecía alguna atención; sus gustos eran elevados, tenía distinción y delicadeza, y cada una de sus palabras revelaba un extraordinario ardor de imaginación, un alma extrañamente entusiasta.

Tratar a aquella alma de fuego como se trata un juguete que se arrojara luego, cuando a uno bien le parezca, era una tentación demasiado fuerte y Sibila no pudo resistirla.

Con su belleza cautivadora embriagó a Pedro y complacióse en exaltarle hasta el éxtasis, todo ello sin comprometerse, con los mil recursos de su incomparable Celimene.

La fiesta resultó brillante y algún tiempo después, todos los que en ella habían tomado una parte activa fueron invitados por el conde a pasar la tarde en sus jardines, porque la primavera había anticipado mucho aquel año su aparición.

El día estaba hermoso, la temperatura benigna, y la atmósfera era un encanto de luz y de color.

Durante aquella tarde Sibila prosiguió su inteligente maniobra, comprendiendo que Pedro estaba a punto de perder la cabeza, y curiosa por ver hasta dónde llegaría su ilusión.

En un momento dado, encontraronse solos, en un rincón del vasto jardín en donde los árboles aparecían cuajados de rosadas corolas.

En verdad el poeta no era mal parecido: en sus ojos y en su frente brillaba el genio; a veces sacudía su cabellera como un león joven, con un movimiento de altivez indecible.

Valía la pena de que una muchacha, aun llamándose Sibila de Brión-Sandoval, se dedicase a volverlo loco... en broma, por supuesto.

Caminaban algo aislados de los demás invitados a la fiesta.

Los bordes del sendero por donde iban estaban cubiertos de olorosas violetas.

Pedro se había bajado a coger algunas y se las había ofrecido a Sibila murmurando el verso de uno de sus poemas:

Yo soy la violeta, tú eres la estrella...

Y luego, envalentonándose de repente le había preguntado con viveza:

— ¿No ha adivinado usted para quién ha sido escrito mi libro de poemas?

— ¡Que si lo había adivinado!

Cierto que sí, pero ¡qué placer de orgullo oírsele decir a él mismo, inclinado hacia ella, casi a punto de caer de hinojos y palpitante de una emoción suprema.

Sibila había sonreído y ¡con qué sonrisa!

Su sonrisa había sido la flecha más acerada de su inagotable arsenal femenino.

— ¡Para usted, para usted sola!, había exclamado el poeta con acento vibrante.

Su voz era cálida, apasionada y Sibila se había estremecido.

Pedro había cogido las manos de la joven y se disponía a llevarlas a sus labios.

De pronto había oído cercano rumor de pasos; alguien se acercaba a ellos.

— Vienen por mí, había exclamado la señorita de Brión Sandoval, separando sus manos de las del poeta. Cumplo mal mis deberes de señora de la casa y la culpa es toda de usted, Pedro.

Y diciendo esto, había guardado en su corpiño las violetas.

— La amo a usted, Sibila, había dicho rápidamente Pedro Salverte aprovechando aquella ocasión que se le ofrecía de abrir su alma entera y comprendiendo que acaso no volvería a presentarse nunca más... Sí, la amo a usted y es imposible que este amor no haya conmovido su corazón... Soy pobre, pero por usted conquistaré la gloria... Diga usted que me esperará...

Iban a ser sorprendidos. Sibila no había tenido tiempo más que para dejar asomar a sus labios una sonrisa alucinadora y había desaparecido precipitadamente.

En aquella sonrisa, cualquiera, aun siendo menos ingenuo que Pedro Salverte, habría visto un estímulo y una promesa. ¡Se cree con tanta facilidad lo que se desea!

Y al día siguiente, en efecto, el poeta había presentado al padre de Sibila y le había pedido la mano de su hija.

El señor de Brión-Sandoval había quedado estupefacto.

Cierto que había observado las coqueterías de su hija y la exaltación de Pedro; mas sin figurarse que aquello pudiera tener ninguna consecuencia.

La distancia que separaba a Sibila del poeta parecía demasiado enorme para poder creer que Pedro esperase salvarla.

Así pues, contestó que su hija era dueña de su voluntad, pero que él juzgaba inútil comunicarle aquella demanda porque Sibila había declarado que por ahora no pensaba en casarse.

Las palabras eran corteses, pero el tono con que habían sido dichas revestía una suprema impertinencia.

Sibila había asistido clandestinamente a aquella escena, oculta detrás de unos cortinajes.

Tampoco ella había creído que las cosas fueran tan lejos. Cuando Pedro le había explicado su proyecto, figuróse que éste era hijo de un momento de divagación, de olvido y que consultándolo con la almohada mudaría de consejo.

La idea de ser pedida seriamente, ceremoniosamente en matrimonio por aquel poeta famélico había parecido tan extravagante, que se sintió acometida de un invencible acceso de hilaridad que estalló como un cohete, cuando el Sr. de Brión-Sandoval llamó al criado y le ordenó que acompañase al visitante hasta la puerta.

Pedro, al oír aquella risa, había vuelto, y viendo moverse la cortina detrás de la cual hallábase oculta la joven, había reconocido de qué boca partía aquella carcajada insultante; entonces comprendió que había sido juguete de un engaño, que le despreciaban, y la alegría de vivir se agostó en su alma.

Pocos días después, Sibila de Brión-Sandoval supo por un diario que Pedro Salverte se había alistado como voluntario en una legión que iba a socorrer a un pequeño pueblo oriental que luchaba por su independencia.

Al cabo de un mes, el propio diario daba noticia de la muerte heroica del poeta ocurrida en el primer combate.

VI

Y la vida había seguido su curso.

La señorita Sibila, solicitada siempre, persistía en rechazar a los pretendientes esperando la realización de sus quiméricas ambiciones.

De pronto, como trueno que retumba estando sereno el cielo, la desgracia se había cebado en su padre y en ella. A consecuencia de especulaciones financieras desgraciadas, el Sr. de Brión-Sandoval se vió arruinado de la noche a la mañana y un ataque lo clavó en su sillón aparentemente imposibilitado para siempre.

El cambio era duro para la señorita Sibila; se habían acabado para ella las fiestas, los pretendientes; su existencia, en lo sucesivo, sería una existencia de enfermera, de reclusa.

Sibila, que había sentido siempre una gran adoración por su padre, lo cuidó solícitamente durante muchos años; al fin el conde murió, y ella se quedó sola con muy cortas rentas salvadas de la catástrofe; sola en aquel vasto caserón solariego, que no quería vender, haciendo la vida monótona de solterona, en el ambiente pomposo y anticuado de aquellos salones, menos vacíos y menos desolados que su propio corazón.

¡Y ahora acababa de cumplir los cincuenta años! ¡Cincuenta años! ¡Oh, con qué gravedad había sonado aquella mañana el hermoso reloj de Boule.

¡Cincuenta años! La juventud desaparecida y muy lejana; la edad madura próxima a terminar... y después...

¿Después?

...El sol había desaparecido majestuoso detrás de la montaña cuya mole azul-negra se destacaba sobre el cielo color de escarlata.

De repente sintióse en los jardines un fresco desagradable; luego, un roce de alas al través de las ramas. De pronto, levantóse un viento mortal que hizo temblar las dalias y toser a la señorita Sibila.

Y de los castaños se precipitó una nube de hojas que se desprendieron juntas, revolotearon un minuto y cayeron sobre el húmedo césped.

¡El otoño!.. ¡El triste otoño!.. ¡Y mañana, el invierno!

¡Pero el invierno suyo no se veía iluminado, calentado, magnificado por un cariño sencillo, divino! ¡Un cariño emocionado, que no muere ni envejece, como el que aquel beso había revelado en aquellos pobres viejos!

¡El invierno suyo se llamaría abandono, pesar, remordimiento!

Siguieron cayendo más hojas y la señorita Sibila sintióse helada hasta la médula.

En la sombra creciente, la silueta del castillo recortábase extraña, con proporciones gigantescas. En la fachada principal había una ventana iluminada, la del lúgubre comedor en donde la esperaba su cubierto sobre la gran mesa estilo Enrique III. En otro salón, había la galería de retratos, todos los antepasados de cinco siglos revestidos de la coraza, de la cota de malla, o en traje de gala y las mujeres radiantes de piedras preciosas.

¡Oh, aquellos dos viejos criados! ¡Cuán felices eran!

¡Cómo se adoraban aún el día de sus bodas de oro!

¿Qué nobleza podía compararse con aquel final de una existencia en que el alma se mostraba tan fuerte contra la muerte, y qué riqueza valía lo que la pobreza de aquellos ancianos?

La caída de las hojas aumenta sin cesar y toma las proporciones de una verdadera lluvia.

La señorita Sibila, tiritando, apresura el paso, sube a su habitación y abriendo un mueble antiguo saca de él una cajita de madera.

Aquella cajita encierra fruslerías de muchacha: cintas, programas de baile, un abanico roto.

Pero Sibila se fija únicamente en un sobre amarillento; nada hay escrito en él ni en el papel que contiene. Sólo en los pliegues de este papel algunos pétalos descoloridos y sin perfume.

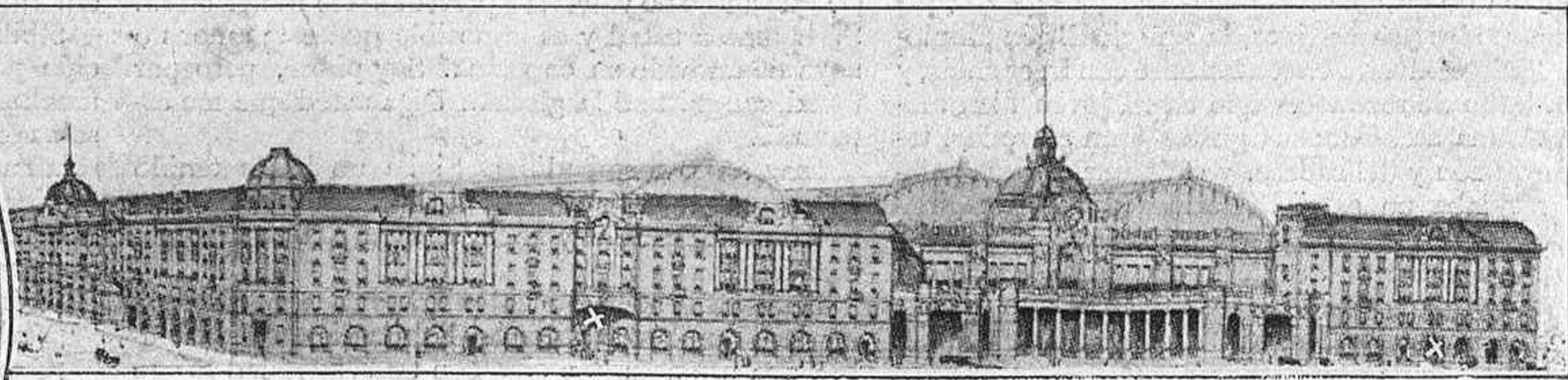
De pronto de los ojos de la señorita de Brión-Sandoval, altivas esmeraldas que jamás han llorado de amor, deslízase lentamente una lágrima.

Y esta lágrima cae sobre las violetas apenas reconocibles, humildes reliquias del poeta ingenuo que murió por ella.

BUENOS AIRES. - ESTACIÓN RETIRO DEL FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO



Sir José White Todd, Bart.
Presidente del Directorio del ferrocarril central argentino



Fachada principal de la Estación Retiro

La parte inaugurada el 2 de agosto último es el trozo comprendido entre las dos cruces

el Paseo de Julio. El acceso de peatones a la nueva estación se realiza por una amplia entrada de once metros de anchura, en cuyo centro un basamento divide en dos, a lo largo de todo el pasaje, las corrientes de pasajeros que entran y salen.

En la parte central del edificio existe una entrada para carruajes y automóviles, que permite a los pasajeros llegar directamente con sus vehículos al local de los despachos de billetes. Ese acceso en forma de hemiciclo se halla al abrigo de la

traca del hall, cuya parte superior posee un sistema de luces ocultas que dan claridad perfecta sin cañar la vista.

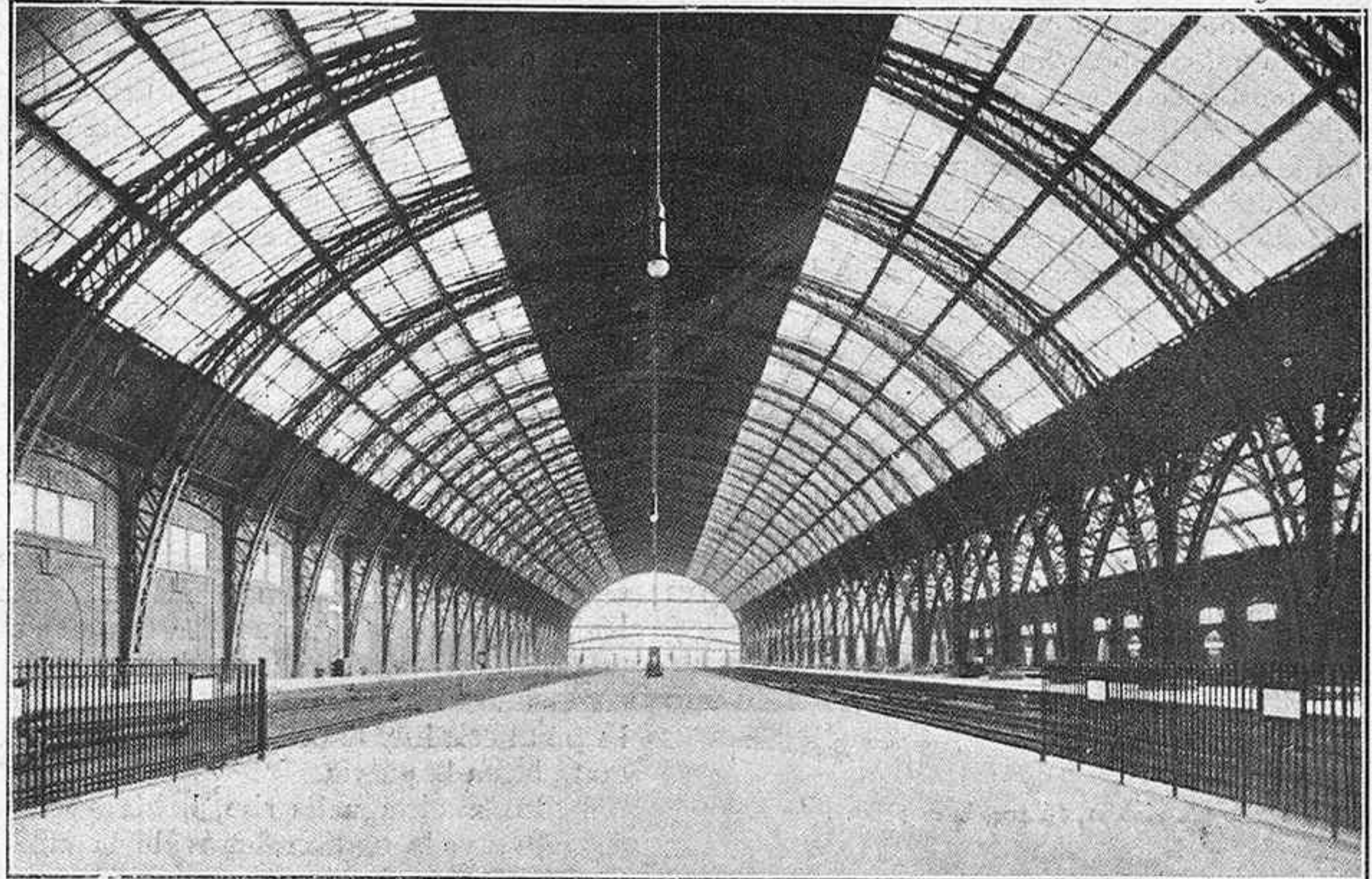
Frente a la entrada principal se encuentra el departamento de despacho de billetes. Hay trece ventanillas para la venta de pasajes de primera y segunda clase, con letreros indicadores que llevan los nombres de las principales estaciones para las cuales están habilitadas.

En este local existe un gran mapa luminoso de las líneas

Construida sobre la Avenida Maipú, con frente a los nuevos jardines de la Plaza Británica, se alza imponente dentro de la sencillez de su estilo arquitectónico, la nueva Estación Retiro del Ferrocarril Central Argentino. Combinadas hábilmente



Taquillas para el despacho de billetes



Los andenes, formados por ocho espaciosas plataformas, tres de 350 metros de largo y cinco de 250

intemperie y tiene capacidad suficiente para un movimiento intenso de vehículos.

El espacioso hall ofrece a la vista un aspecto grandioso. El piso es de mosaico veneciano y las paredes están revestidas de mayólica, hasta dos metros de altura. Mide el hall 150 metros de largo, 25 metros de ancho y 19 de altura, y puede contener 10.000 personas simultáneamente. Sobre él están situadas las puertas de acceso a las ocho plataformas, los despachos de billetes, teléfonos, telégrafos, indicador de salidas de trenes, kioscos para librerías, ventas de frutas y flores y grandes marcos de exposición de fotografías y horarios.

El techo artesonado contribuye a darle, dentro de su construcción, un aspecto elegante y a la vez sencillo. Artísticas antorchas de bronce, estilo florentino, sirven para la profusa iluminación eléc-

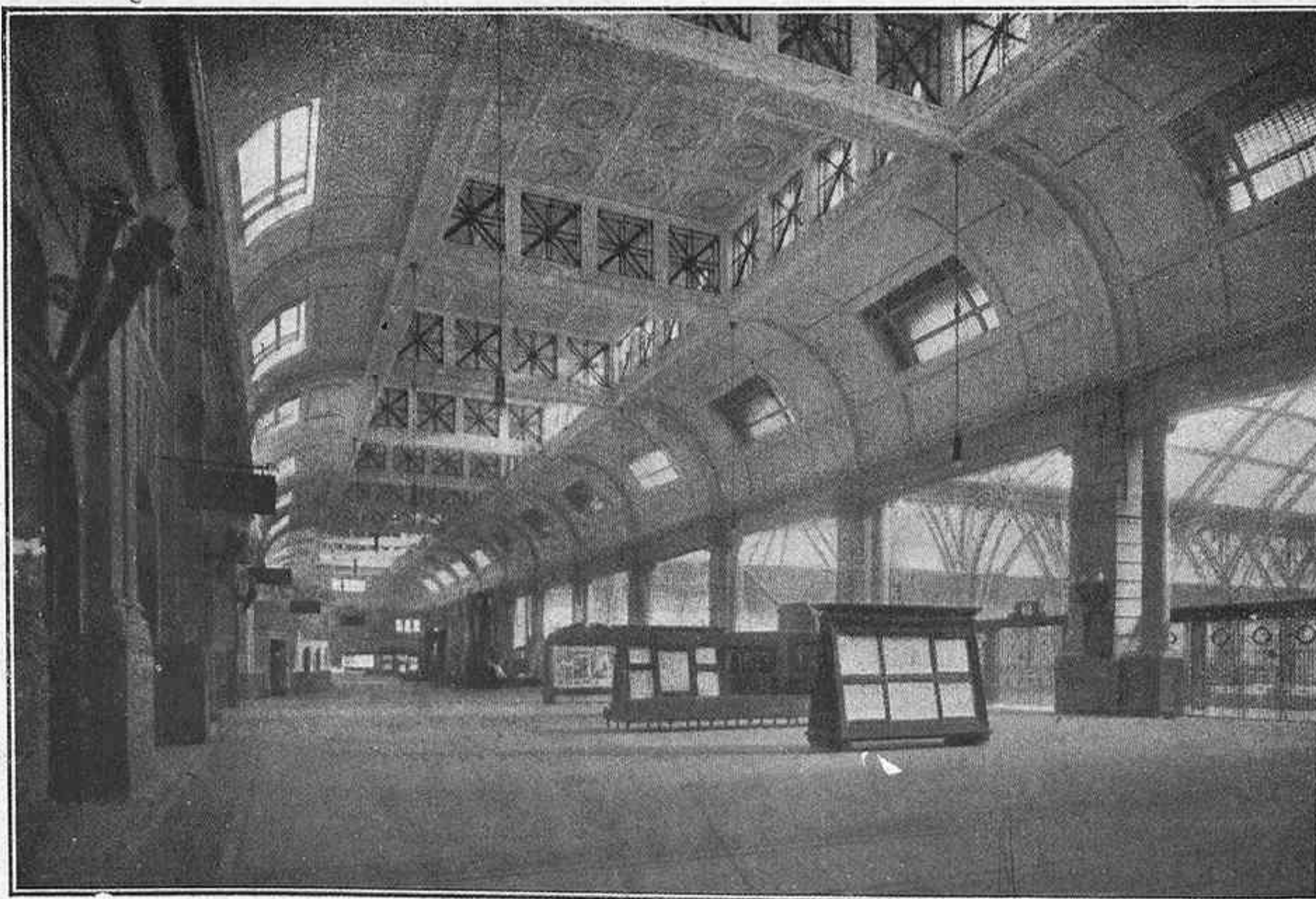
ferroviarias de la República, situadas al Norte de la Capital Federal, resaltando en líneas rojas las del Ferrocarril Central Argentino.

El comedor principal, con acceso directo a la calle y al hall, es un vasto salón dotado de cuanto accesorio exigen la estética y el confort. El piso es de entarimado y los altos zócalos que revisten las paredes son de finísimo roble oscuro.

Una magnífica araña central de veintiséis luces de gran potencia y otras más pequeñas, convenientemente distribuidas, sirven para la iluminación del local.

En la planta alta sobre la calle Maipú, a un costado del gran comedor, existe una galería para el servicio del te y del

las líneas de Renacimiento con el estilo moderno, ofrece el edificio un conjunto digno de atención. La parte inaugurada comprende solamente 160 metros de largo sobre la Avenida Maipú, mientras que el edificio una vez completamente terminado tendrá 232 metros sobre dicha calle y 184 metros sobre



Gran hall, de 150 metros de largo por 25 de ancho y 19 de altura



Entrada de carruajes



Galería para el servicio de te



Confitería, amplio salón de 30 metros de largo por 18 de ancho

otro lado dos saloncitos comedores apropiados para ser usados por familias que deseen estar en completa independencia. En la misma planta hay una salita *boudoir* elegantemente decorada con muebles de roble que contiene todos los accesorios para la *toilette* de señoras.

Los comedores en conjunto pueden contener cómodamente 200 personas sentadas.

Un cuadro indicador eléctrico sirve para anunciar a los pasajeros la salida de cada tren. Minutos antes de las horas fijadas en los horarios, suena una campana para llamar la atención y en el cuadro aparece en letras luminosas el destino del tren y el número de plataforma de donde va a partir.

La confitería está constituida por un amplio salón de 30 metros de largo por 18 de ancho, con capacidad para 500 personas. Las paredes son estucadas y están revestidas de mayólica hasta la altura de tres metros, y se hallan decoradas con pilastras que armonizan con las grandes columnas también estucadas que sostienen el techo.

Se ha previsto hasta el detalle la higiene y la refrigeración de las bebidas, que se extraen por un ingenioso sistema de canillas automáticas de la red de cañerías. Un aparato especial de cómodo manejo forma parte de la instalación y sirve para proveer de agua hirviendo permanentemente.

En la confitería existe un cuadro indicador de salidas de trenes igual al del comedor.

Contigua a la confitería y en comunicación directa con el hall de despacho de billetes, se halla la sala de espera para señoras, instalada con lujosos sofás y sillones de roble tapizados de tafete, altos zócalos de nogal, lavatorios, baños, tocadores, espejos, estufa y demás accesorios.

Sobre el mismo hall, y próxima a la entrada principal, está la sala de espera para hombres, de disposición confortable y adecuada.

Independientes de las de 1.ª clase se encuentran las salas de 2.ª, a la derecha de la entrada principal. Tanto la destinada para hombres como la de señoras reúnen comodidad y confort. Disponen de lavatorios y tocadores especiales perfectamente instalados.

A la derecha del gran hall, una cómoda escalera de mármol conduce al departamento de peluquería, tocadores y baños. La peluquería tiene una instalación completa y moderna con doce sillones.

Los cuartos de tocador y baños constituyen una verdadera comodidad para aquellas personas que van a teatros o fiestas.

Desde el espacioso local en que son recibidos los bultos, se remiten a los furgones por un pasaje subterráneo que llega a los extremos de las ocho plataformas, donde se suben por medio de montacargas eléctricos. Se ha suprimido toda circulación de vagonetas sobre los andenes, evitando así las molestias a los pasaje-

ros. Existe, además, un depósito de bagajes donde se pueden dejar bultos durante el tiempo que los viajeros lo deseen.

Ocho espaciosas plataformas, tres de 350 metros de largo y cinco de 250 metros, sirven para el acceso a los trenes. Estos pueden maniobrar con perfecta comodidad, gracias a la vía auxiliar que existe instalada entre cada dos vías principales. Los pisos de los andenes son de asfalto y en cada uno hay una casilla telefónica para el servicio exclusivo de los empleados, que pueden así recibir y transmitir órdenes sin demoras y sin abandonar sus puestos.

Los paragolpes, los más grandes del mundo, son hidráulicos y pueden resistir un tren de un peso total de 750 toneladas caminando a razón de 16 kilómetros por hora.

El sistema de señales neumático es único en la América del Sud. Todas las señales y cambios se operan por aire comprimido y dadas las disposiciones adoptadas, es imposible ocurra un accidente por equivocación de los empleados, pues cuando una vía está ocupada, la señal y el cambio correspondiente se mantienen inmóviles eléctricamente.

Las plataformas están distribuidas en dos grandiosas salas, cada una de doscientos cincuenta metros de largo por cincuenta de ancho, con techo de cristal, sostenidos por enormes arcos de acero que arrancan desde el nivel del piso.

A la derecha de la entrada de coches, hay una oficina de informes para el público y anexas al departamento de despacho de billetes, existen oficinas de telégrafo y teléfonos.

En todas las dependencias y locales de la Estación Retiro hay instalados ventiladores eléctricos y estufas de calefacción.

En el subsuelo están las cocinas, que poseen instalaciones modernas y perfectamente higiénicas. Un horno especial sirve para la fabricación del pan destinado al consumo de los coches comedores en toda la línea de la empresa.

Heno DE Pravia

PETRÓLEO GAL



Por emplear diariamente estos dos productos tengo una magnífica cabellera y una tez fresca y suave.

Ehrmann

IMPORTANTE REGALO A LOS SRES. SUSCRITORES

Con el número 1.775, primero de la serie de 1916, se repartirá separada del texto de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y de tamaño 46x29, a propósito para ser puesta en un marco, una reproducción de la bellísima acuarela del malogrado artista José Llovera

UN BAUTIZO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

que nuestros abonados recibirán como un obsequio de esta casa editorial.

MADRID. - ACTUALIDADES TEATRALES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Una escena del segundo acto de *El roble de la Jarosa*, comedia en tres actos original de Pedro Muñoz Seca, estrenada con gran éxito en el Teatro Español

El drama lírico *El idilio de Pedrín* es una adaptación de la hermosa novela del mismo título del insigne dramaturgo Joaquín Dicenta hecha por éste y por su hijo, poeta de alta inspiración y de corta pero brillantísima carrera literaria, cuyas poesías le han conquistado el aplauso y la admiración del público. El libro de esta obra está hábilmente planeado y escrito en sonoros versos; tiene fragmentos de extraordinaria belleza, mereciendo citarse entre ellos muy especialmente la leyenda que recita Pedrín en el primer acto. La acción se desenvuelve en escenas apasionadas y episodios de gran interés.

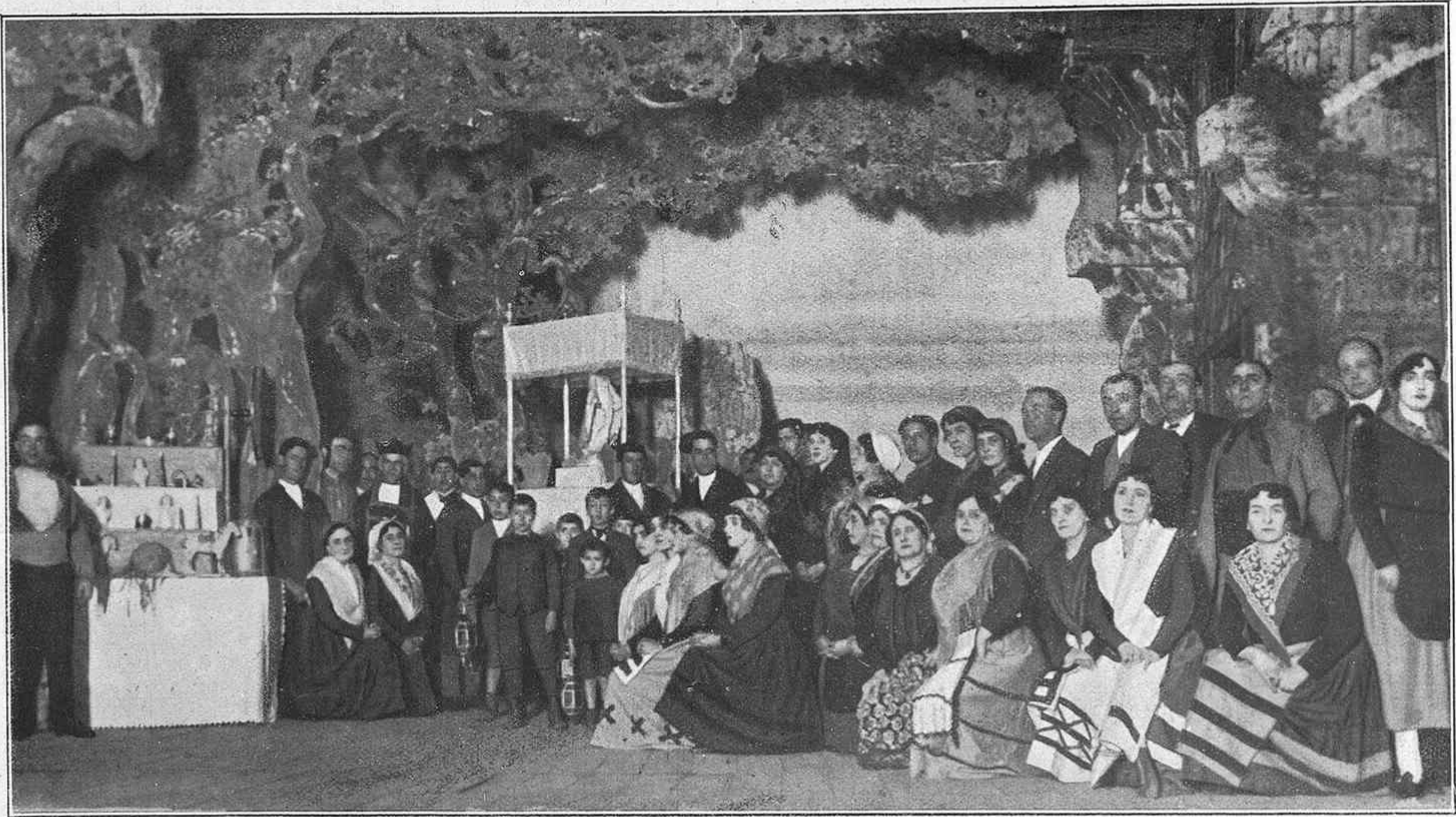
La música del maestro Jimeno es inspiradísima y de técnica impecable, abundando en melodías sencillas, diáfanas, verdaderamente afortunadas. Entre los números más salientes son dignos de particular mención un baile de carácter popular, un precioso intermedio, un dúo cómico, admirablemente descrito, dos hermosos dúos de gran expresión dramática y el epílogo, página llena de pasión.

En la interpretación se distinguen las señoritas Sanford, Oliver, Romero y Torres, y los señores Barberá, que canta con singular acierto todo su papel y muy singularmente el epílogo, Aparicio, Iñigo y Banquells.

Los señores Dicenta y el maestro Jimeno han sido objeto de calurosas ovaciones.

Hijo del Sol, la fantasía lírica estrenada en el Teatro Apolo, es un arreglo de la conocida novela de Julio Verne *Las tribulaciones de un chino en China*, y su autor, Manuel Garrido, no se ha propuesto otro objeto que escribir una obra de gran espectáculo que entretuviese al público y proporcionase ocasión de lucirse al empresario y al escenógrafo; y en este sentido puede afirmarse que ha logrado cumplidamente su propósito. La música del maestro Quisilant es de factura agradable.

Consuelo Mayendía y la señorita Argota, y los señores Ortas, Gorgé y Rufart representan la obra con mucho acierto.



Una escena del primer acto de *El idilio de Pedrín*, drama lírico en tres actos y un epílogo, letra de los Sres. Dicenta (padre e hijo), música del maestro Jimeno, estrenada con mucho éxito en el Teatro Price

En el Teatro Español se ha estrenado con gran éxito una bellísima comedia en tres actos, *El roble de la Jarosa*, original de Pedro Muñoz Seca, cuyo argumento puede resumirse en estos términos. José Luis, criado del cortijo de la Jarosa, ama a la cortijera María Jesús; pero creyendo que ésta corresponde mal a su cariño, abandona el cortijo y se dedica al torreo. La vida del muchacho fué, al principio, difícil y azarosa; no tarda, sin embargo, en convertirse en risueña y triunfal, y José Luis llega a ser el torero favorito del público. María Jesús, en tanto, ha ido señalando en el tronco de un roble con la punta de una navaja los éxitos del matador y cuando éste regresa al cortijo, del cual se ha hecho dueño por un empeño de amor propio y de vanidad, comprende su error, y convencido de que la cortijera le ama y le amó siempre, se casa con ella, premiando así su constancia.

El roble de la Jarosa es una comedia fina, culta, chispeante, llena de gracia y de color, mereciendo figurar entre las mejores producidas en esta clase de obras de ambiente y sabor andaluzes. En ella están admirablemente fundidos el elemento sentimental y el cómico, de un modo pintoresco y agradable; abunda en tipos admirablemente observados, algunos de ellos verdaderamente magistrales, y en escenas interesantes y sentidas unas y de gran fuerza cómica otras.

Es, en una palabra, una comedia del género de las que tanta y tan merecida fama han proporcionado a los populares hermanos Quintero, y con decir que puede sostener dignamente la comparación con ellas queda hecho su mejor elogio.

La interpretación de *El roble de la Jarosa* ha sido excelente; Carmen Cobefia realza el carácter de María Jesús con sumo donaire, dándole toda su ingenua y encantadora sencillez; la señora Morera y la señorita Jiménez, y los Sres. Muñoz, Ruiz Tatay, Mesejo, González, Cobefia, Viñas y Cantalapiedra están muy acertados en sus respectivos papeles.

La obra ha sido muy bien puesta en escena, habiendo pintado para ella dos notables decoraciones el reputado escenógrafo Amalio Fernández.



Hijo del Sol, fantasía lírica en tres actos y once cuadros, letra de Manuel Garrido, música del maestro Quisilant, estrenada en el Teatro Apolo

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria